

una esfera llena de los humores llamados *ácneo, cristalino y vítreo*, rodeada de la *córnea trasparente* y la *esclerótica*, y teniendo en su parte anterior el *iris*, y en la posterior el nervio óptico ó la *retina*.

La pobre ciencia no sabe más.

Pero preguntad á ese rico diccionario del sentimiento y de la fantasía, á ese dialecto elocuentísimo de las almas, no sujeto á academias, ni á medidas, ni á compás; decidle que os enseñe lo que son los ojos, y de seguro no enviareis los pulidos convencimientos y rebuscadas definiciones de los sábios.

Empecemos quitándonos la máscara y diciendo desde el principio que se trata de los ojos de una mujer; porque claro es que ojos hay hasta en el queso; mas no son sino los de una mujer hermosa los que sostienen la fama en sucesivas posteridades, y los que anublan ó iluminan nuestra existencia.

Los ojos de una mujer son la hipérbole de la telegrafía eléctrica.

Nada más veloz, nada más rápido, nada que condense tanto el significado de la palabra, nada que avive en su seno la luz de la idea como una mirada casi imperceptible que os revela la inmensidad y que os anima en vuestros propósitos ú os detiene en vuestros pasos. No hay discurso que equivalga á una mirada oportuna. El amor se sirve de ellas como de su correo favorito, y al cruzarse dos miradas que se comprenden, parece como que las almas se acrecen y se hablan al oído, y se siente entonces toda la dulzura de la palabra y toda la magia del secreto.

Yo comprendo que los amores con una sorda-muda deben ser un continuo éxtasis.

Mas mirándolo de otro modo, los ojos de una mujer son dos cristales, al través de los que pudiera verse un mundo siempre desconocido.

O bien dos cortinas transparentes, al través de las cuales ve el hombre sombras chinescas.

No hay remedio; los ojos de la mujer son un magnífico estereoscopio; nos hacen ver con volúmen lo que es solo superficie, y figurarnos escena, ambiente y luz donde no suele haber sino el vacío.

El corazón de la mujer es un gran

nigromántico; tiene recursos diabólicos, y debemos confesar que el secreto principal de su máquina maravillosa está en sus ojos. El movimiento de los párpados, la contracción de la pupila, el humedecimiento de la córnea, una lágrima elocuente, la ficción de una mirada envenenan, confunden, arroban, desorientan, y el hombre de más sana razón se vuelve loco, y si una mujer se empeña en probarnos así que el sol da frío, lo creeremos.

Ya lo ha dicho un gran poeta de nuestros días:

Corazon que en tiernos años  
por unos ojos te pierdes,  
para entender sus amaños  
no mires si son castaños,  
negros, azules ó verdes.

Que en todos los colores,  
por la expresion iguales,  
reflejan los amores;  
*sin que distingas en sus cristales  
á los leales  
de los traidores.*

Eulogio Florentino Sanz tiene razón, todos son iguales. Sin embargo, hay grandes disputas en el mundo sobre el color de los ojos. ¿Qué os parece? ¿Estais por los negros ó por los azules?

Los ojos negros son el fósforo en el momento de incendiarse, son el volcan en el momento de abrir su cráter; los azules son la tarde en el momento de dormirse entre las brumas, son la ola al espirar en las arenas de la playa, son la paloma blanca que se pierde en el espacio azul.

Los ojos negros son heróicos, los azules son angélicos.

Lo que significa el color de los ojos lo ha dicho, como nadie, el pueblo en uno de sus cantares:

«Dame tu amor, ó me mato,»  
dicen unos ojos negros;  
y dicen unos azules:  
«dame tu amor, ó me muero.»

Por lo demás, unos ojos entornados son símbolo de afabilidad.

Unos ojos fijos, de meditacion.

Unos ojos ligeramente húmedos, de regocijo.

Unos ojos sanguinolentos, de ira.

Unos ojos pardos, de indiferencia.

Unos ojos pequeños y vivos, de actividad.

Unos ojos abiertos, ojerosos y saltones, son símbolo... ¿de qué?

Además de estos ojos, son muy conocidos el del puente, el de la aguja, el del pan, el del queso, el de la conciencia y otros ojos. Y son tambien muy usadas las frases de hacer mal de ojo, tener buen ojo, abrir el ojo, echar el ojo y pasar por ojo.

Además hay cosas que saltan á los ojos, como hay ojos que se echan encima y aun se echan al Cristo.

Se ha demostrado, despues de largas investigaciones, que ven más cuatro ojos que no dos, y además que *el ojo del amo engorda al caballo*.

Y por último, se ha convenido en llamar ojeada á un artículo como el presente. Con que, ¡ojo!

R. SERRANO ALCÁZAR.

### LOS SALUDOS.

¡Qué cambio tan grande se ha operado en este acto de cortesía!

Antes constituía una de las más grandes manifestaciones de respeto.

Desde el más pobre hasta el más rico todos se saludan con una circunspeccion, con una deferencia, con una cortesía admirables.

Veán Vds. el ejemplo en las viñetas que reproduzco para recuerdo y prueba de mi aserto.

Aquí están dos aldeanos: se encuentran y él se quita el sombrero; hoy entraría con él encasquetado hasta las cejas: entonces... estaba por civilizar.



Dos domésticos se encuentran en la calle, llevan la cesta de la compra; hoy

se darian un apretón de manos é irían á echar el aguardiente con el producto de la sisa. Entonces se descubrían y bebían el aguardiente á solas cada uno.



Los artesanos no eran ménos cumplidos, y si no, aquí tienen Vds. el ejemplo.



Un zapatero y un carpintero se saludan con más galantería que hoy un duque tronado y un banquero én boga.

Y es que entonces los gremios proporcionaban una especie de educacion á los artesanos, dábanles categorías y establecían entre ellos relaciones respetuosas. El que ganaba el título de maestro, despues de muchas pruebas y de muchos años, creía con razón ser algo en el mundo, y consideraba á los de su clase para que le considerasen á su vez.

Hoy todos son *maestros*.

La igualdad ha hecho de las suyas.

La cortesía ganaba terreno en las clases á medida que estas aparecían más elevadas en la escala social. Dos ca-

balleros pobres se hacian la reverencia que ven Vds.



Los dos van humildemente vestidos, sin pluma en el sombrero, distintivo de la riqueza, pero pasean su pobreza con dignidad.

Los poderosos eran tambien; bajo el punto de vista de la galantería, un poco más humanos.

Cuando el saludo tenia lugar entre

un hidalgo pobre y un hidalgo rico, el más cumplido, el más cortés era el más favorecido por la suerte. Ejemplo al canto.



Como complemento de esta rápida ojeada, vean Vds. lo que ocurría en el paseo cuando se hallaban dos altos personajes. Los escuderos se apartaban y permanecían circunspectos; sus amos se adelantaban, bajaban el sombrero



hasta los piés, inclinaban la cabeza, y solo despues de este saludo estrechaban sus manos.

El tiempo no ha pasado en vano: hoy nos contentamos con llevar la mano al sombrero, separarle un poco de la cabeza, dar un fuerte apretón al amigo.

No falta tampoco quien, sorprendiéndonos por detrás, nos tape los ojos y nos pregunte:

—¿Quién soy?

A esta pregunta responderian si fue-

ra posible los caballeros del siglo XVII:

—Un caballero del siglo XIX.

DANIEL GARCÍA.

### LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.

#### I.

Todos hemos rendido un tributo piadoso á la memoria de los seres queridos que duermen el eterno sueño; to-

dos hemos rezado por su alma, y lo que es más, hemos rendido tambien homenaje á la moda y al lujo, llevando al cementerio con nuestro amor un poco de vanidad.

Esta es la vida, esta la costumbre, estas las debilidades humanas.

El consuelo es una necesidad del alma de las más apremiantes; debemos consolar y consolarnos cuando no nos consuelan, y el mejor modo de curar un dolor es distraerlo.

No descorreré yo el negro velo que cubre los recuerdos dolorosos de pérdidas lloradas: aunque me haya propuesto revelar misterios, respeto mucho los que tienen entre esta vida y la otra una lápida fúnebre.

¿Pero tengo yo la culpa de que al lado del dolor esté la alegría, de que á un paso de la vida esté la muerte? ¿Tengo yo la culpa, en fin, de que la industria, que todo lo explota en nuestros tiempos, dé lugar á escenas de costumbres que tienen mucho de pintoresco y no poco de triste?

Un poeta ha hecho decir á un sepulturero que *vive* de los *muertos*. Enterar á los muertos es una de las obras más piadosas que ha inventado la caridad; comprendo, sin embargo, que haya quien *viva* de esto; pero al lado de un derecho tan respetable, en mi opinion han nacido tantas industrias, que aunque no las censure, porque yo lo que hago es exponer, pintar, recordar cosas y hechos, el apunte, como diría un relator en términos jurídicos, para que los lectores fallen; sin embargo, se prestan á episodios dignos de estudio para profundizar un poco más ese abismo sin fondo que en buena filosofía se llama el corazón humano.

Si la anatomía física conduce á la verdad y á la admiración, y además entretiene, ¿por qué no ha de suceder lo mismo en la moral?

Vamos á presenciar unas cuantas escenas edificantes de la vida íntima moderna.

#### II.

(Trastienda de un bazar de flores artificiales. La acción pasa en uno de los últimos días de Octubre.)

—¿Ha venido el cartero? pregunta el dueño de la tienda á su cara mitad.

—Sí... hace un rato.

—¿Y ha habido cartas?

—Nueve.

—¿Del extranjero?

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima: he visto los sellos con el mayor cuidado.

—¡Oh! ¡Desesperación!... Decididamente me persigue la desgracia.

—Pero ¿qué tienes?

—Calla, mujer, no me hables... ¿No ves que estoy furioso?

(El florista se pasea con impaciencia, y su mujer, que le conoce, le permite desahogarse, sin interrumpirle, con el siguiente monólogo):

—Y no hay duda, el fabricante me ha escrito; ¡cómo había de dejarme un hombre tan formal en las astas del toro! El pedido fué en regla. Doce docenas de coronas con avalorio, bien surtidas, para padres, esposos, hijos, hermanos, amigos... dos de cipreses de todos tamaños, y luego una porción de materiales para fabricar en casa las menos caras. Me anuncia la salida del género, me dice que al día siguiente enviará el talon, pasan tres días, y nada.... Estos correos son lo más inútil.... ¡Qué país este! Y entre tanto me llueven pedidos de provincias; mis corresponsales quieren coronas de siempreviva, de terciopelo, de avalorio, con medallón y sin él; podría hacer un magnífico negocio vendiendo este año hasta los últimos residuos de los anteriores; tal vez habrá llegado el cajón de la aduana; pero sin el talon.... ¡Esto es horrible! ¿Cómo en ocho días, suponiendo que mañana quedasen los cajones en casa, cómo en tan poco tiempo desembalo, preparo, envío á provincias?... Va á ser esto una ruina.... ¡Ya se ve, estas cosas, en pasando la oportunidad!... Y si durase la moda, del mal el menos; pero ¿quién sabe las coronas fúnebres que se usarán el año que viene? ¡Cuando digo que la administración está montada de un modo!... Veamos estas cartas (*las examina*). ¿No lo dije? Con pedidos. Esta no es para mí; para que veas lo que son los carteros; todo lo hacen deprisa; me han dejado una carta que viene dirigida al vecino del segundo.

—Y al amo le han dejado otra que es para Vd., dice una criada que acaba de llegar y ha oído las últimas palabras del florista.

—¿Otra carta? ¿A ver? ¡Oh felicidad! Toma, muchacha, dile á tu amo que por poco la abro. ¿No te decia yo, mujer, que el fabricante habia escrito? Y envia el talon; los cajones han venido por gran velocidad; voy..... voy.....

—Pero, hombre, almuerza.

—No es posible... el negocio es lo primero: que venga Carolina y que tenga en su casa una seccion de oficialas; arriba no cabrian todas las que necesitamos... ¡Ah! cuida de escoger las más juiciosas para que no pierdan el tiempo.

—Adios.

—¿Llevas pañuelo?

—Sí.

—¿La petaca?

—Sí.

—¿Y dinero por si necesitas?

—Tambien... adios, adios.

—¡Parece mentira que den tanto que hacer los difuntos!

III.

Carolina, jóven de 26 á 28 años, que se sabe de memoria á Capellanes y tiene manos de hada para adornar con flores las cabezas femeninas, está en su casa, modesto sotabanco, acompañada de cuatro jóvenes las más juiciosas del obrador.

Todas trabajan, y el sofá, el costurero, las sillas, todos los muebles están llenos de alambres, de siemprevivas, de pedazos de terciopelo morado y negro, de sartas de avalorio.

Todas fabrican coronas fúnebres, y no hay un solo clavo en la pared que no suspenda tres ó cuatro con cintas negras ó blancas, y leyendas doradas que parecen ayes del corazon.

—¿Y crees qué vendrán? dice una.

—Capaces son de ello y de mucho más.

—¿Pero para ayudarnos?

—¿Y por qué no? ¿No has leído en un folletin que Hércules, que era un general, hiló en una rueca?

—Estarán chistosos ensartando avalorios.

—O enebando agujas.

—Já... já... já...

Las personas de quienes hablan son un estudiante del quinto año de farmacia que quiere á Carolina, y está resuelto á casarse con ella cuando tenga lotica, y tres ó cuatro amigos suyos,

que le acompañan al obrador de la florista sin más objeto que el de pasar el rato.

Suena un campanillazo, los estudiantes entran, sacan de debajo de la capa algunos comestibles y algunas botellas para cenar alegremente, y entre las frases del amor más platónico y los chistes y equívocos que sacan de la *Flora*, con lo cual demuestran que son farmacéuticos *pur sang*, ayudan á las floristas á tejer coronas para que acaben pronto en su tarea, y una vez terminada se permiten una alegre colacion, con la que, sin ofender á nadie en lo más mínimo, ofenden á aquellas coronas inanimadas que van á ser al dia siguiente expresion del más vivo dolor.

Al terminar la cena, y cuando todos se despiden de Carolina:

—Que duermas bien, la dicen todos.

—Antes, contesta, voy á formar con los retazos que me han sobrado una corona para mi madre.

Y mientras ellos y ellas bajan las escaleras alborotando, Carolina se queda pensativa bajo la influencia de su último recuerdo, y una lágrima del más puro, del más sentido amor filial asoma á sus ojos.

Cambiamos de decoracion.

IV.

D. Fulano de Tal y su esposa, personas que al parecer ocupan una buena posicion, están en su gabinete al amor de la lumbre.

El calcula lo que puede producirle el negocio que va á emprender.

Ella, que es aficionada á bailes, busca el medio de abordar á su marido para que le compre un traje igual al último que ha visto á la condesa de... cualquier letra del alfabeto.

De pronto se oye un campanillazo.

—¿Quién será? exclaman marido y mujer.

El criado no tarda en satisfacer su curiosidad presentándose en la puerta del gabinete con un papel en la mano.

—¿Qué es eso?

—Una cuenta del sastre.

—Bien está, tráela.

—Es que viene firmada y está esperando el dinero.

—¡Habrás visto desvergüenza! ¡Hablarle á uno de cuentas en un dia como

el de hoy! Devuélvele el papel y dile que hoy no estamos para esas cosas; que en estos dias todas las familias están preocupadas con el recuerdo de sus difuntos; que vuelva por la Pascua.

El criado se aleja.

—¿No te parece que tengo razon? dice el marido á su mujer: hoy no se piensa más que en conmemorar...

—En eso precisamente estaba pensando hace un momento, dice su mujer...

V.

—¡Uf! Vengo sofocada, dice una señora de 30 á 40 años, entrando con una niña en una habitacion modesta, donde está un hombre de su edad, sobre poco más ó menos.

Mientras se quita la mantilla prosigue:

—No puedes imaginarte lo que he andado; la calle de la Montera, la de Carretas, la Carrera de San Jerónimo; no he dejado ni una sola tienda por registrar; pero, amigo, este año las coronas son caras y de muy poco gusto; aquí tienes lo que he encontrado.

Y saca de un pañuelo una corona fúnebre con medallon detrás y dos cipresitos en tiestos microscópicos.

—Mira, papá, dice la niña con la mejor buena fé, para tí no traemos; no hemos hallado ninguna que diga: *A mi querida esposa*.

—Bien, dejadlas por ahí, dice el hombre algo conmovido.

—Oiga Vd., Juan, añade la señora dirigiéndose á un criado: Vd. se va ahora mismo al cementerio y lo coloca usted todo delante de la lápida como yo le diga. En medio la cruz, las lamparitas y las coronas arriba.

—Papá, yo quiero que me lleve Juan al cementerio.

—¿Cómo has de ir de esa facha?

—Pues póngame Vd. otro vestido.

—No, que vas á cansarte.

—Lo que es por eso, dice el hombre, no hay temor, que tiene buenas piernas.

—Siempre has de salirte con la tuya, dice la tia; pues lo que es yo no tengo ánimos de moverme de aquí. Juan, diga Vd. á Francisca que me traiga el almuerzo; estoy desfallecida.

Y en tanto que le sirven, exclama sollozando con la mejor buena fé:—¡Me complazco en reconocerlo!

—¡Pobre hermana mia! Era una santa.

—¿Han visto Vds. las coronas y los hachones que han puesto los señores de Martinez?

—Sí por cierto, eran de mucho gusto.

—Amigo, este año han eclipsado á los de Perez.

—Era de presumir. Como están tan cerca unos de otros, y los de Perez desplegaron tanto lujo el año anterior, no han querido ser ménos los de Martinez.

—¡Cuando se sabe gastar el dinero, da gusto!

En la Puerta del Sol; gran confusion de ómnibus y de coches de plaza.

*Varias voces*.—Señoritos, al coche, que nos vamos.

—¡Al Campo Santo! ¡Al Campo Santo!

—¿Cuánto?

—Dos reales.

—¿Quiere Vd. uno?

—Vaya Vd. á pié.

—Eso es lo que á Vd. no le importa.

—¡Míste el roñoso!

—¡Insolente!

—Ande Vd., que se parece al año del hambre.

—¡Canalla!

*Varias voces*.—¡Al Campo Santo! ¡Al Campo Santo!

¿Quiere Vds. más? No he hecho más que fotografiar escenas que he presenciado, ó que me han referido: hago *crónica*, no *critica*; descubro *misterios*, no censuro costumbres.

Si despues de estas observaciones, y eso que me he dejado en el tintero otras muchas que se rozan con la gastronomía, respeto á los que desde el fondo de su alma, y sin más fórmulas que las que ofrece la Iglesia á la piedad y al dolor, conmemoran á los que fueron, no por eso dejo de creer en la sinceridad de los que, aceptando las costumbres establecidas, dan lugar á bosquejos como los que he trazado.

Esto no es más que una página del gran libro de la vida. Deteneos á meditar en ella, y si no sacais nada en limpio, tanto peor para vosotros.

JULIO NOMBELA.